

Dos retratos en el ábside.

ESTA VEZ fui yo quien, muy humildemente, como un pobre hombre que no sabe hacer más que horrorizarse, maldecir y admirarse sucesivamente, le tendí la mano. Este homenaje de mi alma esclavizada (y dispuesta ya a admirarlo y a comprenderlo todo desde el momento en que tenía sólidas esperanzas en la salvación de Amalia) fué aceptado por él como una cosa debida y que no le asombraba en modo alguno. Este hombre acababa de aparecérseme en su verdadera grandeza, cerniéndose a alturas prodigiosas como un justo destino a los ojos desencajados, castigando con lógica fulminante los crímenes de la tierra, lo que era absolutamente nuevo en el destino. Su escrupulosa contabilidad dirigía sus golpes.

Todo esto era muy hermoso, y a decir verdad, no me faltaba mucho, como había predicho Dolores, para echarme a llorar de entusiasmo y

remordimiento sobre la mano del nuevo dios enmascarado...

Ahora es menester que os diga cómo el Arcángel de las Aguas volvió a convertirse para mí en Satanás, o mejor dicho, cómo se confundió de nuevo con él.

El capitán me había conducido al ábside, situado detrás del altar. Como una joya dentro de otra era este pequeño ábside en aquella pequeña Santa Capilla.

Las altas vidrieras, con su marco de ligeros husos góticos y la esplendente armazón de los rosetones, derramaban sobre nosotros sus rayos de púrpura...

Y el capitán me señaló con el dedo una inscripción cuyas letras de color escarlata acababan de iluminarse en lo alto de las vidrieras: *Remember Miss Campbell* (*Acordaos de Miss Campbell*)

—A ese grito cargan hoy los regimientos ingleses—me dijo—... Con ese recuerdo se pasea el *Vengador* bajo los mares, *quaerens quem devoret*...

Luego me rogó que diera media vuelta, y entonces descubrí detrás del altar dos altos cuadros cubiertos con una gasa negra.

El capitán hizo un gesto, y uno de aquellos velos se corrió, dejándome ver un rostro angelical muy conocido, el de la mártir Miss Campbell.

La luz que penetraba en haces por las vidrieras parecía cubrirla de chorros de sangre.

Yo me estremecí de pies a cabeza. Aquella sú-

bifa visión de la santa me recordó las palabras de Dolores respecto a aquel retrato y al de al lado, *más temible todavía.*

El Hombre se había cruzado de brazos ante la admirable imagen de Miss Campbell y hablaba como si estuviera orando:

—Era hija del pastor de una aldea próxima a Norwich. Se ha rendido homenaje a sus virtudes, que la elevaban por encima de las criaturas humanas; pero lo que no se ha dicho bastante es la severidad con que siempre se trató a sí misma. Antes que incurrir en la más leve mentira hubiera preferido morir. *Y por eso ha muerto.* Ha muerto por la franqueza con que confesó que no había querido entregar a sus verdugos a las víctimas inglesas refugiadas bajo su techo... Era muy amiga mía y de mi familia... Nos hallábamos unidos desde hacía mucho tiempo por todo el bien que me había hecho hacer.. Cuando me enteré que estaba cautiva y perseguida por alta traición yo me encontraba en Inglaterra. Decidí salvarla costara lo que costase en unión de una amiga mía que la quería tanto como yo mismo. Ambos nos embarcamos en un paquebote que debía desembarcarnos en Holanda. Allí lo teníamos todo preparado para poder presentarnos de incógnito en Bruselas algunas horas después. Por desgracia, nuestro barco tropezó con una mina que nos hizo saltar. Yo resulté herido y fui recogido por un barco pesquero que me condujo a Tilbury, a la entrada del Támesis. En cuanto a mi amiga, de la que había sido separado *y a la que no había de*

volver a ver nunca más, supe después lo que le había acontecido...

El capitán se calló. Yo advertí que se le alzaban los hombros y que el ardiente pecho se le inflaba con el más terrible de los suspiros... Por último, habiendo dominado visiblemente la manifestación, a su juicio indigna, de su humano sufrimiento, pudo continuar:

—Indemne, mi amiga había sido recogida por una barca holandesa que la había conducido a Flesinga. Al día siguiente, merced a un pasaporte falso, se encontraba en Bruselas dispuesta a obrar. Llevaba consigo una suma considerable. Por lo demás, no tenía necesidad de dinero para encontrar cómplices. Pronto se reunieron algunas mujeres dispuestas a morir por salvar a Miss Campbell. *We want leave a stone unturned till we save her* (1), decían. Vestida de enfermera mi amiga pudo penetrar en la prisión veinticuatro horas antes de la ejecución. El plan fué concebido y puesto en práctica pronto. Sólo podía salvársela en el mismo lugar de la ejecución. Se compró al oficial que debía mandar el pelotón de ejecución. Este tendría asegurada la fuga con la de Miss Campbell, y en Holanda recibiría un millón. Los cartuchos serían sólo de pólvora, y Miss Campbell debería hacerse la muerta... No se había olvidado nada más que un detalle, *y era que Miss Campbell no sabía mentir y no se desplomó al tener lugar la descarga...* Se ha di-

(1) No dejaremos piedra sobre piedra hasta que la hayamos salvado.

cho que no tuvo fuerzas para arrastrarse hasta el lugar de la ejecución; pero eso es falso. Fué a él con la frente alta, la sonrisa de los mártires en los labios, los ojos vuelta a Dios... sin haber creído nunca por desgracia en la posibilidad del éxito de nuestros planes y todas nuestras tentativas, y sin haber contribuido a ellos por lo demás en modo alguno... Tanto es así, que al producirse la descarga del pelotón de ejecución no se desplomó, ni se tambaleó siquiera... y no se creyó verdaderamente herida de muerte sino cuando el oficial cómplice avanzó hacia ella, pálido como un espectro, aferrado de verla todavía en pie, y le descargó a bocajarro su revólver, cargado con pólvora, en pleno rostro... Ahora bien, había allí alguien que asistía a la ceremonia oculto tras la cortina de una ventana: era el almirante von Treischke. Este tuvo la impresión de que sucedía algo anormal, y aquel a quien se llama todavía el Terror de Amberes y de Brujas, salió al patio, se inclinó sobre Miss Campbell, se dió cuenta de que no estaba más que desvanecida, y él mismo se encargó de matarla con su propio revólver, esta vez de verdad... ¡Ahí tiene usted lo que ha hecho von Treischke! Y otras muchas cosas más aún!... Ahora comprenderá usted, señor, lo particularmente penoso que es para mí oír a un hombre de buen sentido como usted, por neutral que pueda ser, que eleve la voz con excesiva frecuencia en favor de ese monstruo o incluso en favor de algún miembro de su familia...

Esto fué pronunciado de una manera tan lú-

gubre que al punto comprendí que era un error tener esperanza...

Con un gesto de alocada súplica (pues la mera idea de la posibilidad del suplicio de Amalia bastaba para hacerme perder la razón) yo exclamé:

—No es por ese monstruo por quien yo intercedo, bien lo sabe usted, capitán; es por su mujer.

El capitán Hyx se volvió bruscamente hacia mí y yo hube de retroceder ante el fulgor de su mirada y de sus palabras.

—Caballero, ¿es que él ha tenido piedad de las mujeres? ¿Cómo quiere usted que me comprenda si tengo piedad de la suya?... Y yo necesito que él me comprenda. El, sobre todo... Cuando vea lo que no vacilamos en hacer con su mujer para empezar quizás respete a las de los demás... Y cuando haya asistido a todas las operaciones que se realizan aquí, hechas a propósito para ser comprendidas por un boche; cuando haya examinado nuestro gran poderío y nuestro crimen, como usted dice o como usted piensa, quizás el crimen boche arríe su pabellón. Entonces nosotros arriaremos el nuestro, pero no antes... Ahí tiene usted lo que hay que hacer comprender al almirante von Treischke; ahí tiene usted por qué ha de venir aquí y por qué volverá a salir de aquí. Yo tendré mucha más confianza en él para convencer a los señores del almirantazgo después de que haya visto lo que tenemos que hacerle ver, que en su mujer, a la que no creerían.

Yo me quedé aniquilado, estupefacto, ante aquella fulminante revelación a la que, sin embargo, me había preparado en parte la confianza de Dolores...

Así, pues, a aquel hombre extraordinario llegaba con su razonamiento a dejar marchar indemne al criminal y conservar para la tortura a la inocente...

No cabía más que echarse a llorar como un niño y esto es lo que yo hice, murmurando:

—¡Una mujer!... ¡Una mujer!... ¿No ha dicho usted mismo hace un momento que es horrible hacer sufrir a una mujer?

—Señor neutral—repuso él en voz baja, en la que temblaba su domeñada cólera—... Ahí, junto al retrato de Miss Campbell, hay otro retrato de mujer. Voy a decirle lo que el almirante von Treischke y sus hombres han hecho con esa mujer... El oficial cuya complicidad había comprado ella, cogido *in fraganti*, la vendió, es decir, que denunció el sitio y el pueblo próximo a Aerschoot, adonde habían de ir a buscarla en auto Miss Campbell y él, para desde allí, con los disfraces y los papeles necesarios, franquear la frontera holandesa... En lugar de ver llegar a Miss Campbell, esta mujer y tres enfermeras que le habían prestado su ayuda en aquella aventura formidable, vieron llegar a von Treischke y a su tropa que venía ebria. Entonces comprendieron que todo estaba perdido. Por lo demás, no hubo ningún género de explicación. Fueron arrastradas como animales a la posada, y allí las arrojaron a un rincón. Asistieron a una

orgia como tantas otras que se nos han referido. Ellas querían resistir a sus verdugos... Los miserables enloquecieron de furor, abusaron de ellas, las ataron a una mesa y prendieron fuego a la posada. El recuerdo reciente de las infamias de Aerschoot les inspiraba. He ahí de qué crímenes fué seguido el asesinato de Miss Campbell bajo el mando del almirante von Treischke. He ahí de qué muerte ha perecido aquella mujer, cuyo retrato está aquí, bajo ese velo... Señor neutral, el mundo ha ignorado estas cosas, porque se ocultaron cuidadosamente por diversas razones; pero un testigo ha venido a mí con las pruebas y el último adiós de... de la que iba a morir y de qué muerte! por Miss Campbell... Y entonces, entonces, yo juré que nacería el *Vengador*, el que había de vengar a Miss Campbell, al mundo... y a mi mujer!...

El capitán dejó escapar estas últimas palabras, que eran para mí, en efecto, una *temible* revelación, como si le fuera imposible retenerlas más tiempo... Por último, como si se avergonzara de haber cedido como cualquier simple mortal al influjo de su dolor, me soltó al punto la muñeca y yo le vi desaparecer detrás del altar.

Yo me quedé solo en el ábside y me fué imposible abstenerme de acercarme al retrato desconocido, alzar el velo, ver... y reconocerle...

En aquel mismo instante, el Hombre había vuelto a aparecer y me miraba mirar...

—¡Oh!—exclamé yo—. ¿Es posible? ¡Usted! ¡Usted! ¡Usted!

Pues aquella mujer me revelaba la personali-

dad de su marido... Aquel semblante de precioso perfil, aquella juventud, aquella belleza, aquella risueña lozanía, aquella primavera de la carne y el alma, y aquella obra maestra del arte, todo ello era sobrado conocido, todo ello había sido reproducido para regocijo de la vista en las grandes revistas de todo el mundo. Era el retrato de la señorita de N***, de una de las familias francesas más rancias, más nobles y más ilustres, que se había casado en Norteamérica con un hombre riquísimo que era el filántropo más grande de la tierra.

¿Es menester decirnos más para que os quedéis enterados como yo me quedé entonces y para que comprendáis por qué aquel hombre, ciudadano norteamericano, en unos momentos en que Norteamérica prodigaba inagotables esfuerzos para hacer cesar *por persuasión* los crímenes submarinos, se ponía un antifaz sobre el rostro para salvar oficialmente de todo compromiso a su patria y a sus compatriotas... y por qué el capitán Hyx se llamaba el capitán Hyx (el capitán X) y por qué había inscrito en francés el nombre de su barco, el *Vengador*, armado para todas las represalias, y teniendo que vengar a semejante francesa... y por qué la mujer del almirante von Treischke no podía esperar nada de aquel hombre?...

Por lo que a mí me concierne, mi indiscreción y mi curiosidad iban a determinar mi suerte.

—Señor neutral—me dijo el capitán Hyx—, pida usted que la guerra sea corta, porque ahó-

ra que ha visto usted y que está enterado, si durara diez años, durante diez años sería usted mi huésped...

Bajo los golpes que me herían, yo me abandonaba a una especie de delirio... y mi desorden no hizo más que aumentar cuando el capitán Hyx me hizo volver casi a la fuerza delante del altar, frente a la piedra que sostenía su *Libro Mayor*... y cuando le vi provisto de aquel misal infernal, entre cuyas páginas yo no había podido echar una ojeada sin retroceder...

Este libro era un álbum de fotografías, de dibujos, de grabados: fotografías, dibujos, grabados, todo el arte de la reproducción oficial del horror, atestiguada oficialmente durante la guerra...

Cada página del álbum estaba dividida en dos partes: en una se exhibía el *horror oficial*; en la otra aguardaba *la respuesta del «Vengador»*...

¡Pero había páginas en las que ya aparecía la respuesta, páginas en las que el «Vengador» había respondido ya!

¡Horror! ¡Horror! Yo reconocí cierta fotografía que había sido tomada delante de mí un día en que fui a dar con cierta ventana enrejada...

¡Oh, Dolores! ¡Cómo le has mentido a tu amante! ¿Por qué haberle dado a entender que el capitán Hyx podía ser capaz de piedad y que no había hecho más que preparar la comedia del miedo?

Sin embargo, tú también le has visto al miserable en el fondo de su pequeña capilla. Le has

visto contar sus crímenes como cuenta un avaro sus tesoros. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cuántos crímenes reales ya... como preparación de los que está fraguando y que han de superar a todos los demás!... ¡Oh, Dolores! ¿Qué lazo de servidumbre o de horroroso agradecimiento te une al capitán Hyx para que mientas así, con tu voz dulce, a tu ardiente e inquieto amante? ¿Por qué le ocultas con tanto cuidado y tan descaradamente a tu querido Gabriel *el valor real de la mayor crueldad del mundo?*...

.....
Y el Hombre pasaba las hojas y me obligaba a ver, y cuando yo volvía la cabeza me hacía doblarme sobre el libro... *sobre el Libro Mayor, que él se lo había dedicado a Dios...*

Y el Hombre "enseñaba" mientras que de mi frente caían gruesas gotas de sudor sobre aquellas páginas malditas.

De pronto saltó algunas páginas y yo no me atreví a preguntarle si no se encontraba ya en aquellas páginas la respuesta del *Vengador*...

Al fin se apiadó de mí.

—Esta página todavía—me dijo—. ¡Será la última!

Entonces vi un dibujo que representaba el cadáver de Miss Campbell, sobre el cual se inclinaba un oficial alemán que tenía en la mano un revólver humeante; y luego, bajo aquel dibujo, la fotografía de varios cuerpos mutilados y casi carbonizados de unas mujeres jóvenes, cuya indumentaria de enfermeras apenas si podía reconocerse aquí y allá.

—Señor neutral—me dijo el Hombre (éstas fueron sus últimas palabras)—, *ya se figurará usted que cuando hayamos reunido a la pareja von Treischke podremos poner aquí algunas breves imágenes. ¡Cuánto trabajo, señor neutral, para el verdugo y para el fotógrafo!*...

¡Oh! ¡El demonio!... ¡El demonio!... ¡El demonio!
¡Yo salgo huyendo de la pequeña capilla!